

ruido en una pendencia babida con otro tal vez de no mejor índole que el lesionado. Mi conocido le prestó albergue y asistencia hasta su completa curación. Ya bueno, rogó a su enfermero y protector le permitiese abrazarlo, pidiéndole perdón de sus intenciones perversas.

—Vos me colmáis de atenciones —le decía—; a mí, un asesino, me confundió con tanta bondad. ¡Perdón, señor, estov convencido y avergonzado de mi gran maldad! ¡Perdón, señor, perdón! —repetía.

Que se produzca semejante reacción a la del mulato, sino imposible, es hoy muy difícil, pero al menos podrían cesar esos odios africanos, si los ineptos consejeros y serviles aduladores del or-

Designaremos los jefes locales, para lo cual suplicamos a cuantos nos escuchan que expresen claramente las señas de sus domicilios.

X Y tranquilizándoles con la seguridad horror tiene su asiento, se han visto muchas «razzias» como esta. No cabe duda de que ese es el modo de acreditar y hacer respetar esas corporaciones contra las que todas las prevenciones públicas están dispuestas y que parecen sólo creadas para falsear todo aquello en que intervienen.

El diputado independiente señor Pérez Neu y los conservadores señores Calvo y García Nóvoa se retiraron de la sesión para no seguir autorizado tales horrores. ¡Lástima que no lo hubiesen hecho desde el primer momento!

Menos mal que todo esto es música y que sobre ello está la resolución del ministro. Esa será la que cuente y la que hay que esperar con interés; el que ría el último será quien ría de veras.

(De «El Noroeste»).

A través de un libro

“Buscón Poeta” de Eduardo Dieste

Este libro que acabo de leer con verdadera fruición, no es una obra descastada. Tiene genealogía. Atormentado, quizá, su autor, por los escrúpulos de una pura conciencia artística, ha ido a buscar en los primitivos una técnica echada en olvido, es verdad, pero la más lógica de cuantas tiene a su servicio el arte de novelar. Es la técnica biográfica y epistolar inmortalizada por Cervantes, por Murtagh, por Lessage. ¿No se salva en ella la limitación subjetiva? Porque hay que reconocer un contrasentido entre el espíritu de la moderna literatura y las técnicas más generalizadas: mientras aquella busca su realización por los caminos objetivos, estas últimas le oponen una limitación forzosa, ya presentándola como cosa de ficción, ya como mero subjetivismo. ¡Curiosa inversión! Los primitivos, que dejaban obras libremente a la imaginación, que no pedían a la vida más que sus exterioridades, creíanse en el deber de llenar las formas presentando sus creaciones con todos los caracteres de la verdad y de la lógica... Además, en la técnica «exhumada» por Dieste, cada capítulo tiene ese valer sustantivo, ese interés propio y autónomo que permiten la apertura del libro al azar y que nos recuerdan el «gorro de dormir» de nuestros abuelos...

Viejo recontador de historias nuevas, Eduardo Dieste se hace biógrafo de un inquieto hijo del siglo. Cuatro páginas de su vida, seleccionadas y ordenadas cumplidamente, han restaurado la extraña lógica de esa existencia, sin que lagunas y omisiones pongan en ella punto de misterio. Con un molar y un fémur, el más modesto paleontólogo nos restaura el estrambótico edificio de un megaterio... ¿Qué de extraño, pues, que en

escritor de talento os haga lo propio con una compleja psicología, sin más materia prima que las cuatro páginas que quiso el azar poner en sus manos? He ahí la verdadera, la íntima unidad de la obra, reforzada ante los ojos en esa unidad externa que se determina por la presencia del personaje en todos los episodios.

Un epistolario complementa la obra. Esta parte técnica, —que, conjuntamente con su hermano el «diario», tanto expresó el romanticismo— vuelve a ponerse en boga, no sólo como técnica complementaria. Recordamos a Herviu. Sin salirse de la forma epistolar, ha cológicos, bajo el sugestivo título de «Pintados por sí mismos».

Y en el epistolario, se pinta el Buscón a sí mismo. De ese manojito de cartas, se esparce la luz por todo el libro, transparentando a través de todas sus páginas, una vida espiritual, extraña y una vida material más que difícil. En este último aspecto el personaje de Dieste presenta algunas afinidades con los vagabundos que pueblan la primitiva literatura picaresca de Castilla, cuyas aventuras fueron traviesa combinación del amor y de «la hambre». Pero se mueve en su tiempo. Pasea su hambre a través del siglo XX, y le reconocemos viejos hermanos en la literatura de Murger, de Gorki, de Dostoyewsky... Oigamos, sino, a su biógrafo: «No obstante su existencia obscura y retraída se le nombra mucho entre artistas, desde literatos y pintores hasta bailarinas de cinematógrafo, asimilándole al Chasagnot de los Goncourt, o al maestro ex hombre de Gorki, o a un caballero del Greco, o a un monje de Zurbarán, y a otros tipos de traza más genérica que sirven a evocar la unción de Jesús, la risa de Voltaire y el dolor de Heine. Porque su carácter desigual se había acentuado en las partes de melancolía y escepticismo, y si se salía de su habitual silencio de atención, de abstracción o de estupor, era para sonreír... etcétera. Ya conocemos este linaje de sonrisa, expresión elegante de ese cerebralismo de buen tono que informa toda una literatura de nuestros días.

Apartando estas impresiones críticas de la generalidad a que nos han llevado las primeras plumadas, tratemos de particularizar el juicio en determinadas páginas, sin que esto equivalga a sentir tácitamente que en todo el curso de la obra no se mantiene una sostenida uniformidad de valores. Al escoger, no hacemos obra de selección, sino que tendemos a la síntesis deteniéndonos solamente sobre cada motivo de variedad. He aquí «Un pobre que no tenía nada.» Podría ser un cuento «drolático»; quizás, atendiendo a su construcción, una comedia rústica, un esbozo de comedia. Pero es, sobre todo, una creación. Ambientado en un risueño rincón de la montaña gallega; pintoresco, lleno de sol y de colores, diríase un asunto para Anglada antes de que la bruma de París se hubiese instalado en su paleta. Tiene toda la expresión viva de los cuadros; aparece a los ojos del lector como una perspectiva abierta, dentro de la cual se desarrolla plácidamente una rústica escena con humorismos de sainete y ribetes de pastoral. Es la obra de un maestro.

Este otro cuento lo es, en verdad de abundes. Y habría en él una salud a toda prueba, si no se adivinase cierto substratum filosófico en que los puntitos del «mal» empiezan a insinuarse... Singular contingencia debe ser ésta de volver a la edad de piedra, en plena civilización, (traslado a los naturistas) como la que atribula a «Un Adam sin compañera y a punto de perder las demás costillas.» Todo el genio creador virtualmente dormido en la profundidad del sér, al amable arrullo de la madre civilización, despiértase violentamente solicitado por las más vitales necesidades. Y el autodidactismo de los Robinsones, puesto a toda prueba, diríjese a la doble conquista del mendrugo que asquea su paladar de civilizado y del «consustancial» tapa-rabos con que complicó las artes del vivir aquella malhadada fruta del árbol genésico.

(SE CONCLUIRÁ)